

cidentes importantes son los que paralizan la industria química.

— Al principio — me dice — temimos una verdadera catástrofe por culpa de la negligencia nacional, que había permitido a los alemanes convertirse en nuestros proveedores de materias indispensables a la producción. ¿De dónde sacar, en efecto, los explosivos cuando se carece de ácido sulfúrico, de sosa, de benzol, de naftalina?... Hoy, en Inglaterra y Francia, se consumen millares de toneladas de ácido sulfúrico cada día. Para fabricarlo, hemos tenido que crear cámaras de plomo de dimensiones enormes y laboratorios inmensos. El acero, por fortuna, no nos ha faltado nunca, ni el cobre tampoco. Algodón tenemos todo el que queremos. Pero los ácidos, los nitratos, los alcoholes, ha habido que improvisarlos... No hay una idea de lo científica que es una guerra moderna cuando se la estudia desde una manufactura de armas. En otro tiempo, según se calcula, la muerte de un hombre costaba su peso en plomo. Hoy, es preciso emplear centenares de kilogramos de lydita, de algodón, de hierro y de bronce, para hacer salir a un soldado de su trinchera... El verdadero teatro de la guerra, en realidad, se halla aquí, en las fábricas... Estas muchachas son las que, con sus manos de hadas, destruyen fortalezas, aldeas, bosques... De un modo simbólico, puede decirse que nos encontramos ya en la época, soñada por los sabios, en que basta con poner el dedo en un botón eléctrico para hacer saltar una ciudad... Es la guerra química...

— Pero — le pregunto de nuevo — ¿no hay accidentes trágicos en esta galería de los explosivos?

— No — me contesta —, no... Antes de estar concluidas, las granadas son muy mansas...

Y riendo, repite:

— Muy mansas..., muy mansas...

\*  
\* \*

A medida que nos acercamos al antro del gran martillo, nuestro *cicerone* pierde su impasible calma inglesa y se anima con una fiebre igual a la que, en el *Jardin de los Suplicios*, hacía palpitar el alma de la heroína de Mirbeau cuando el sonido de la campana trágica llegaba a sus oídos. «Escuchen ustedes — murmura —, escuchen...» Y en sus pupilas, en sus labios, en sus sienes, hay ligeros temblores de voluptuosidad agitada.

Un ruido sordo llega hasta nosotros, dominando el tumulto de las máquinas, sacudiendo el suelo, haciendo estremecerse la atmósfera. Del fondo de la galería, un soplo cálido se desprende en ráfagas bruscas, y barre el espacio con sobresaltos de fuego. Una boca infernal, una boca enorme cual un cráter volcánico, resuella a lo lejos, marcando con compases de congoja la zarabanda sobrehumana de los organismos de hierro que nos rodean. Y por encima de todo, acercándose de minuto en minuto, creciendo a cada uno de nuestros pasos, llamándonos con su voz de titán que jadea, el martillo continúa su obra en la sombra.

— Escuchen...

Es como una roca que cae; como una ola que se rompe; como una torre que se desploma; como una mina que salta... Hay un gemido apagado en esa voz, y hay un ronco aliento de triunfo, igual al de los marineros que reman en la tempestad, en ese gemido... Hay algo de humano en lo sobrehumano de ese tumulto...

— Escuchen — repite nuestro guía —, escuchen...  
Y cuando llegamos al fin de la galería, agrega:  
— Vean...

\*  
\* \*

Ante nosotros álzase una masa caótica, compuesta de cuatro columnas lucientes, de dos plataformas chatas, de un yunque bajo, de varias cadenas y de muchas ruedas... Al pie de tal instrumento de vida y de tortura, una falange de hombres desnudos mantiene, horizontal, una gigantesca viga de acero enrojecido, que se queja y tiembla en el potro.

— Cien mil kilos — exclama nuestro mentor, refiriéndose al martillo.

Luego, sin esperar nuestras preguntas, comienza a explicarnos la labor gigantesca que se lleva a cabo en este *hall*, del cual salen los más enormes cañones que hasta hoy se han visto. Sin ser de las mayores, esta viga de acero, que el martillo va convirtiendo poco a poco en un cilindro, pesa unas 80 toneladas, y no es sino la mitad de una pieza de 30 centímetros. Cuando el tubo esté terminado, perforado, envuelto en una inmensa cinta de metal, rayado en su alma y cromado en su superficie, habrá que rodearlo de cinturones de veinte y de cuarenta toneladas. Ahora, antes de que adquiera su forma definitiva, la masa rojiza tiene aún que pasar más de una vez por el tormento del fuego. Cada tres o cuatro horas, en efecto, la plataforma superior de la formidable maquinaria gira sobre sus ejes y se lleva al monstruo naciente hacia los hornos que ablandan su carne. Y el trabajo de compresión cilíndrica continuará así, todo un día y toda una noche. Y mañana por la

mañana, después de una última caricia de las llamas, el tubo será precipitado en una piscina fría, cuyas aguas se pondrán en el acto a hervir. El menor descuido en ese supremo instante del temple, según parece, inutiliza la pieza entera.

— ¿Han oído ustedes hablar de los antiguos sables japoneses, cuyas hojas están formadas de diez o doce láminas de metales diferentes o diferentemente templados? — nos pregunta nuestro guía—. Pues un cañón de grueso calibre, a pesar de su aspecto monolítico y homogéneo, requiere una formación más compleja aún. Para darnos cuenta de la multiplicidad de los elementos que constituyen una pieza de 30 centímetros, hay que saber que requiere cerca de cuarenta operaciones de «cinturonaje», y que cada una de ellas corresponde a un elemento distinto. Pero aun después de tan larga serie de labores, enormes y delicadas, el cañón está lejos de hallarse concluído, pues aun le falta el mecanismo de la culata, el rayado helicoidal del alma, el ajustaje de los aparatos de alza, sin contar la cureña, que tiene...

\*  
\* \*

El ingeniero se interrumpe, da algunos pasos hacia una puertecilla de cristales, y, después de abrirla, nos dice:

— Vean ustedes una cureña...

En un patio aparece ante nosotros un cañón de los que disparan a treinta y tantos kilómetros de distancia proyectiles de centenares de kilos. Más que un arma, parece una columna destinada a conmemorar, en medio de alguna plaza pública, un acontecimiento histórico. Y lo que nuestro guía llama la cureña es, en realidad,

un verdadero tren de ferrocarril con doce pares de ruedas accionadas por una pequeña locomotora.

— ¿Es lo más grande que existe? — preguntamos —. ¿Es mayor que el famoso Bertha de los alemanes?... ¿Es de los de 40 ó 45 centímetros de diámetro?... ¿Es el monstruo misterioso de que tanto se ha hablado últimamente?... ¿Es para Flandes?...

Nuestro guía sonríe con un aire orgulloso y enigmático ante nuestra curiosidad y nuestra estupefacción. «Es una pieza gorda..., muy gorda...; una de las más gordas», murmura. Pero, sin duda por culpa de las eternas consignas de reserva, no nos dice el calibre del nuevo monstruo, ni nos dice tampoco a qué frente de batalla está destinado.

Mirándonos fijamente, comienza, con tono doctoral, un curso de artillería teórica. Los ejércitos modernos, según nos dice, emplean cañones de veinte calibres diferentes, desde el de 35 milímetros, que es un bebé de acero con muy malas entrañas, hasta el monumental 43 de los alemanes y otro mayor de los aliados. El más popular en Europa, el 75 francés, muy superior al 77 germano, es una máquina extraordinaria para las batallas en campo raso. Pero en la guerra actual, que en su esencia es una lucha de posiciones, lo más útil es el obús grueso... Éste, por ejemplo... Éste o cualquiera de sus hermanos que disparan a distancias de 34 ó 35 kilómetros, y cuyos proyectiles, con cargas de 150 kilos de explosivos, pesan hasta 700 kilos... ¡Ah, si se pudiera, con un gigante de tal especie, tirar, como con una pieza ligera, treinta granadas por minutol... En la artillería de marina todavía se llega a enormidades más enormes. Hay piezas que pesan hasta 113 toneladas, en las costas... Los proyectiles de tales piezas pesan cerca de mil kilos... Compa-

rada con semejantes máquinas, esta de los doce pares de ruedas no es nada...

\*  
\*\*

Atraído por el monstruo, Fabián Vidal, nuestro técnico, da algunos pasos hacia adelante. Un sargento le detiene, asegurándole que no es permitido acercarse, y le señala con el dedo los diez centinelas que montan la guardia alrededor de la pieza, y que parecen pigmeos al lado de la masa titánica de acero.

— ¿No podría usted enseñarnos los proyectiles? — pregunta el marqués de Valdeiglesias.

El sargento contesta:

— Imposible... Nosotros mismos no los conocemos... El tren de las municiones no está aún formado...

\*  
\*\*

El ingeniero contempla su obra, gozando de nuestro asombro, y nos dice:

— ¡Lo triste es pensar que mientras más grande es uno de estos leviatanes, más efímera es su existencial... Los cañones ligeros, los de 75 ó 77 milímetros, duran meses y años, vomitando fuego sin cesar. Los de 300 ó 400, tienen sus días y sus disparos contados... Hay en ellos algo de la fatalidad del mito balzaciano de la piel de zapa. Lo que quieren, lo logran siempre. No hay nada imposible para ellos. Pero cada uno de sus esfuerzos representa un paso hacia el inexorable límite de sus existencias...

Una nube de melancolía pasa por la frente de nuestro *cicerone*.

— ¡Tanta grandeza para tan poca vida! — murmura. De pronto, oyendo el ruido del martillo, que continúa sacudiendo la atmósfera con sus golpes metódicos, animase de nuevo y exclama:

— Pero no importa... A medida que las armas se usan y se desgastan en el frente, nosotros fabricamos más en nuestros arsenales... Cada día nuestra producción es mayor, cada día somos más poderosos, cada día inventamos algo nuevo... Los técnicos calculan que hoy existen en Francia, para un conjunto de cinco millones de hombres, más de quince mil cañones en plena actividad... Eso representa un cañón por cada trescientos soldados... Dentro de algunos meses llegaremos a un cañón por cada cien hombres... Todo el mundo será al fin artillero... Ya las granadas de mano convierten a los infantes en granaderos... La artillería, eso es lo que terminará la guerra...

\*  
\* \* \*

— Lo más nuevo — agrega después de un corto silencio — no son los cañones gigantescos... Lo más nuevo van ustedes a verlo...

Y llevándonos a un extremo de la galería de las granadas, nos hace penetrar en una cuadra que parece una sala de alguna antiquísima armería. Hay ahí corazas, cascos, lanzas... Hay cotas de mallas... Hay ballestas, enormes ballestas de madera, iguales a la que Guillermo Tell ostenta con orgullo en las viejas estampas.

— Al mismo tiempo que por una parte avanzamos hasta llegar a convertir en realidades las más locas quimeras científicas — continúa el ingeniero —, por otra re-

trocedemos, como si de pronto quisiéramos volver a la Edad Media... Esta cuadra es un arsenal tan útil y tan moderno cual el laboratorio de los explosivos. ¿Se ríen ustedes de la ballesta?... La ballesta sirve mejor que los morteros para lanzar, a cualquier distancia, desde el fondo de las zanjas, granadas especiales... Pero tenemos máquinas más antiguas... ¿Han oído ustedes hablar de la *sauterelle* que se emplea en el Argona para bombardear a 50 ó 60 pasos los *blokhaus* enemigos? Pues no es, con sus cuerdas y sus correas, sino la balista de los romanos... Y el famoso, el popular *crapouillot* de que tanto se dice y que tantos estragos causa, ¿qué creen ustedes que es sino el remotísimo *pot de fer de Rouen*, padre de los cañones?... La honda también nos sirve... En cuanto al torpedero aéreo, no es sino un cañón igual a los que se empleaban en tiempos pasados... Sólo que, ¡claro!, el torpedo, con sus aletas que le permiten volar en el aire siguiendo una trayectoria fija, no está cargado de pólvora negra, sino de melinita... ¡Es lástima que no tengamos aquí torpederos de esos!... Lo que sí tenemos en abundancia son torpedos... Ya ustedes los han visto en las galerías de los proyectiles... Volando sin gran prisa, bogando en el aire, mejor dicho, atraviesan grandes espacios, y cuando caen hacen destrozos inverosímiles... Hasta el año pasado, nosotros nos reíamos de ese invento *boche*. Un día, sin embargo, uno de nuestros abrigos más sólidos sucumbió bajo las alas de un torpedo... Entonces nos convencimos de que no hay que reír nunca... Así, las granadas de mano, que también nos inspiraban burlas en un principio, han llegado a ser nuestras armas preferidas... ¿No han notado ustedes en los partes oficiales la frecuencia con que se habla de ataques a la granada?... Pues aquí las tienen ustedes... Estas tan ri-

dículas, sí... Estas que parecen cajas de sardinas... Estas de las mechas primitivas...

\*  
\* \*

En cestos de mimbre los terribles envoltorios de metralla se amontonan sin orden, como objetos de poco valor y de poca importancia. Unas son redondas, negras, iguales a las pelotas vascongadas; otras parecen realmente cajas de conservas; algunas afectan la forma de una marmita, con sus asas y su panza; unas cuantas tienen aspecto de martillos; muchas resultan simples paquetes de hoja de lata con mechas, ni más ni menos que las bombas de los anarquistas; tres o cuatro, en fin, son tubos de caña reforzados con un cordel.

— ¡Cohetes! — exclama Valdeiglesias, riendo como un niño, al fijarse en estas últimas.

Muy serio, nuestro guía, que no comprende el español y que tampoco comprende las chanzas, repite:

— Granadas de mano...

Y con objeto de hacernos sentir la gravedad de tales instrumentos de muerte, nos habla de las grandes empresas que han sido llevadas a cabo gracias a ellos. En mayo del año pasado, por ejemplo, en las batallas de los alrededores de Arras, cuando fué necesario luchar cuerpo a cuerpo para desalojar a los alemanes de las fortificaciones subterráneas de Carency, de Souchez, de Ablain Saint-Nazaire, el fusil no servía para maldita la cosa. Cada soldado colgóse entonces al cuello un cesto de éstos, lleno de bombas, y emprendió la ruda tarea de bombardear a boca de jarro al enemigo.

\*  
\* \*

— Para el tiro indirecto a corta distancia — nos dice — no hay cañón mejor que el brazo. Por encima de una tapia, por las ventanas de las granjas, por las zanjas de los ramales, por entre las alambradas, por los intersticios de los sótanos, estos proyectiles penetran admirablemente y limpian como máquinas absorbentes los espacios ocupados por el enemigo. Se ha dicho muy a menudo que los *boches* le tienen un miedo cerval a la bayoneta. En realidad, a lo que más le temen, tanto ellos como nosotros y como todo el mundo, es al ataque a la granada. No hay ametralladora que haga estragos iguales a los de un grupo de granaderos decididos y hábiles. Por primera vez este nombre de granaderos es exacto. En efecto: desde mediados del siglo XVII, en que las granadas de mano fueron abandonadas por «inofensivas», el Cuerpo de granaderos no se servía sino de sus fusiles. Hoy, en cambio, toda la infantería puede llevar con orgullo ese título pomposo. Pero hay granaderos y granaderos. Poco a poco la selección ha creado una *élite*, un Cuerpo de guerreros habituados a ejecutar el magnífico gesto helénico del discóbolo... Los pelotaris vascongados, en Francia, han hecho proezas... Entre nosotros son los canadienses y los australianos, los hombres del campo, los pastores de caballos, los jinetes habituados a la honda y al lazo, los que mejor se sirven de sus brazos robustos. Sin que ninguna ordenanza lo disponga, va creándose así, de la manera más lógica, un verdadero Cuerpo nuevo que bien merece ya los honores de una insignia y que, mejor que aquellos granaderos sin granadas de la Guardia de Bonaparte, tiene derecho a ostentar en el casco la flor de fuego de los antiguos morriones peludos. Aquí hay escuelas y polígonos en los que los voluntarios se adiestran, con ejercicios dignos del *stade*

griego, en el arte olímpico del lanzamiento de bombas. Para protegerse contra los golpes, estos muchachos llevan escudos de acero, con los cuales se cubren el pecho. Y es tal la gracia atlética del nuevo juego, que no me extrañaría que después de la guerra se perpetuara convirtiéndose en un *sport* esencialmente británico, lo mismo que el *foot-ball* y el *tennis*.

— Por aquí debimos comenzar para darnos cuenta lógicamente de los progresos a través de los siglos en la ciencia de matar y de destruir — dice uno de nosotros.

El ingeniero murmura:

— En efecto.

Pero hay, entre la última frase suya y los discursos que acaba de hacernos, una flagrante contradicción que su orgullo de forjador de tempestades no quiere, sin duda, percibir... Porque si, según sus propias palabras, «lo más nuevo» es esta serie de vejestorios, si es, en resumidas cuentas, el brazo del hombre el que siempre sirve mejor, si nada es tan eficaz como una caja primitiva cargada de matralla, ¿a qué tanta soberbia científica?

Adivinando, sin duda, mis retrógradas cavilaciones, nuestro amable *cicerone* me dice, en el momento de despedirnos en la puerta de la cuadra de las hondas y de las ballestas:

— En el fondo, estas cosas no tienen de antiguo sino la forma... Las comparamos con las armas de otro tiempo, porque llevan siempre los mismos nombres... Pero en realidad son tan modernas como un cañón de tiro rápido... Cuando Luis XIV suprimió las granadas de mano por inútiles, no cometió un error. Cargadas de pólvora negra, estas cajas de sardinas casi no hacen más daño que una piedra... Es la melinita, la cordita, la schidita, la materia científica, en suma, lo que constituye su

fuerza... El granadero que repite el gesto del discóbolo griego no es, en substancia, sino un mozo de laboratorio, ni más ni menos que todos nuestros demás ayudantes... La guerra somos nosotros los que la llevamos a cabo en nuestras retortas...

\*  
\*  
\*

A medida que avanzamos en nuestra visita, recorriendo galerías, subterráneos, patios, almacenes y laboratorios, notamos que realmente «un arsenal militar es un mundo», según lo ha dicho Lloyd George. Pero no es un mundo como el que sueñan los hijos de Platón, no es un centro en que todas las energías y todos los esfuerzos de la Humanidad florecen de una manera armoniosa, sino un mundo de quimera y de pesadilla regido por leyes infernales. A cada paso, alguna imagen diabólica acude a nuestras imaginaciones. Nos sentimos, sin duda, ahondando mucho en las correspondencias trascendentales, en un crisol gigantesco del cual ha de salir una nueva Europa purificada, regenerada, ennoblecida. Percibimos en el formidable latido de los motores que nos rodean, algo que es el pulso de un universo: del universo de mañana. Notamos, en fin, que las llamas que ahora incendian desde aquí la mitad del continente, la mitad del globo, han sido encendidas por el Destino con objeto de iluminar una aurora de justicia futura. Sólo que para llegar hasta el fondo del abismo donde se encuentran las visiones consoladoras, es preciso pasar antes por entre los más crueles, por entre los más angustiosos, por entre los más febriles espectáculos. Decir que aquí se fabrica la muerte, no es bastante. El Vulcano moderno fragua hecatombes y fragua también tempestades, cata-

clismos y catástrofes geológicas. Mejor que en los campos assolados del Norte de Francia, siento ahora la grandeza trágica de los relatos que en estos últimos días nos han conmovido o más bien espantado. Recordad los detalles monstruosos de la lucha por el fuerte de Vaux: evocad las enormes corazas de cemento saltando en mil pedazos, las armazones de acero rompiéndose cual haces de paja, las piedras ciclopeas hundiéndose en los fosos... Pensad en las colinas cuyos árboles dispersábanse en el aire descuajados por el vendaval de la metralla... Figuraos el trueno perpetuo que hacía decir a los guerreros germánicos que ya no podían conservar su juicio... «Era un volcán enfurecido», escribe un teniente prusiano...

Ahora bien: lo que en esta manufactura vemos es el molde de donde salen esos volcanes, esas tempestades, esos truenos. Para recorrer sus innumerables antros sin experimentar congojas infinitas, sería necesario poseer el alma de cristal de roca de Triptolemo.

\*  
\*\*

Henchido de orgullo, nuestro guía nos habla del poder sobrehumano de las ruedas, de los volantes, de los tornos, de los martillos. En el fragor del trabajo infernal, sus palabras se pierden entre las palpitaciones del hierro y del fuego. El hombre es una criatura miserable que la más pequeña de estas máquinas devoraría en un instante. Y, sin embargo, es el hombre, es el espíritu del hombre, el que ha creado y domado a los fantásticos monstruos que nos rodean. Las claras pupilas de nuestro ingeniero nos lo dicen sin cesar. «¿Veis esos gigantescos organismos que producen los más estupendos instrumentos de tortura y de tormenta? — parecen

murmurar con sus reflejos fosforescentes —. ¿Veis estas masas epilépticas cuya turbulencia está regida por leyes de destrucción y de violencia establecidas por el Destino?... ¿Veis estas ruedas que no se detienen nunca, que son más fuertes que la fuerza del agua, de la llama y del aire?... ¿Veis estos lagos de metal ígneo y estas cataratas de luz que ningún Dante se hubiera atrevido a imaginar?... ¿Veis este vértigo inextricable, incomprendible, indefinible?... Pues todo es nuestra obra, todo obedece a nuestra voluntad, todo se mueve porque nuestro capricho divino lo alienta. Nosotros, los sabios, somos los verdaderos dioses de la lucha. Los que en las trincheras manejan las máquinas del cataclismo, no son sino obreros inconscientes. La guerra está aquí, con su energía sublime y terrible. Aquí es donde se elabora el universo nuevo. Aquí se crea el porvenir. Aquí nace la humanidad de mañana.» Y eso nos hace ver que realmente hay, en nuestra época que se cree positiva y que es la más idealista de las épocas históricas, un misticismo exasperado que se sirve de los arcanos atroces de la Naturaleza para proclamar el triunfo de la omnipotencia del hombre.

\*  
\*\*

¿Habéis olvidado las oraciones diabólicas del pangermanismo moderno? Un profesor de Heidelberg decía el 29 de agosto de 1914: «Cuando hayamos acabado de subyugar a nuestros enemigos, cuando hayamos conquistado sus territorios, si algún individuo de esas razas inferiores que se llaman inglesas, francesas, rusas, italianas, o las más inferiores aún, las de América o las de España, se atreve a elevar la voz para algo que no sig-

nifique pedir misericordia, si osa rebelarse contra el yugo de nuestra supremacía, lo destruiremos como un muñeco de barro vil. Y cuando hayamos destruído sus catedrales, sacrílegas, caducas, sin olvidar las del culto pagano de la India, edificaremos nuestros santuarios más espléndidos que todos los imaginados por las creencias abolidas, para glorificar nuestra fuerza destructora de naciones podridas.» ¿Sonreís ante tamaño orgullo?... No hay que sonreír... Hay que fijarse en la fecha, hay que pensar que en 1914 los germanos no conocían sino la grandeza del infierno Krupp. Porque fué allí, en Essen, en un antro como el que ahora visitamos, donde el *Deutschland über alles* abrió sus alas palpitantes y amenazadoras para lanzarse a la conquista del mundo. ¡Con qué fe tan ciega el pueblo elegido de la Ciencia forjaba sus armas! A su fuerza, domada por el método, ninguna otra fuerza parecía poder resistir. Sus cañones monstruosos sepultaban bajo una tempestad de metralla pueblos enteros. Las corazas de las ciudadelas eran de frágil vidrio para sus proyectiles. Como divinidades del Ramayana, sus hombres llevaban encerradas en odres obscuras las nubes asfixiantes, las olas de fuego, las corrientes de lava. Cada uno de sus jefes era un dios destructor. La tierra entera hallábase ya encadenada al carro del Júpiter berlinés...

Que todo aquello no fué sino un sueño infernal, gracias al milagro del Marne, nadie lo niega. Pero figurémonos que no se hubiera operado el milagro; figurémonos que la marcha emprendida en Charleroi hubiese continuado hasta los confines de las landas meridionales; figurémonos que el plan primitivo se hubiera realizado... ¿Qué sería hoy el universo entero, sino un feudo teutónico?...

Y después de meditar en lo que fué aquel peligro, preguntemos a un sabio cualquiera :

— ¿Dónde se preparó el prodigio salvador?

Preguntémoslo, por ejemplo, al ingeniero que hoy nos sirve de guía en este arsenal.

— Aquí — nos dirá —, en uno de estos antros...

\*  
\* \*

Porque no hay duda de que para contestar al infierno alemán fué necesario, desde el principio de la guerra, recurrir a otros infiernos iguales. Los hombres, hoy, no son nada. ¿Qué Imperio los posee en mayor número que Rusia?... Y no fué Rusia, sin embargo, la que desbarató, en septiembre de 1914, el proyecto kaiseriano de dominación mundial. ¿Los hombres?... Ved con cuánta prodigalidad los mariscales del Kronprinz precipitan sus masas palpitantes en los barrancos de Verdun... Ved cómo los deja fundirse bajo la lluvia de llamas el rudo Hindenburg... Ved con qué desprecio habla de ellos el estratega von Bernhardt... Los hombres no son sino los obreros de la gran fábrica de tempestades... Y lo importante en la existencia manufacturera de vida o de muerte, es conservar siempre las maquinarias intactas para que, tras los brazos rotos, otros brazos acudan a dirigir sus movimientos. «Una batería de morteros de grueso calibre — confiesa Lenard — tiene más valor que un regimiento de Infantería.» La antigua reina de las batallas, en efecto, ha pasado a un rango secundario desde el advenimiento de la era del cataclismo. Cuando ella se adelanta, entre las zarzas de alambre, para ocupar las posiciones enemigas, el formidable trabajo está



ya hecho. Si ella sucumbe, hay que desencadenar una nueva tormenta...

\*  
\* \*

Un laboratorio de tormentas: eso es el arsenal en que nos encontramos... Del suelo, del cielo, del aire, de todas partes, sin cesar, con una monotonía furiosa, el rumor de los elementos captados viene a nuestros oídos, cantándonos los salmos atroces de la nueva religión infernal. Como condenados, los operarios destácanse en la sombra sobre un fondo rojo de llamas. A nuestro lado, envuelto en vapores de sulfuro y de cloro que nimban su cabeza rubia, el ingeniero se yergue, silencioso y elocuente cual una divinidad implacable. «Contemplad mi obra y confesad que no hay nada más bello en el mundo — parece decirnos con su mirada clara —; contemplad lo único que el hombre ha hecho de superior a la naturaleza del hombre; ¡contemplad y adorad!» De la incoherencia, del barullo, de la crispación general, poco a poco se desprende, en realidad, una imagen caótica y sublime de hermosura horrible. Hay angustia, hay una infinita angustia en las meditaciones que tanto derroche de energía y de genio, de magia y de fuerza, de violencia y de paciencia, sugieren a nuestras mentes alucinadas. «¡Todo para destruir!», pensamos. Pero al mismo tiempo un noble orgullo nos anima, un orgullo divino e infernal, algo que es prometeico y que es luciferiano. ¿No está aquí, acaso, convertido en realidad el mito de los titanes fabulosos?... ¿No es el rayo, no es el fuego, no es la tempestad, lo que estos seres, en apariencia débiles, manejan y encadenan y subyugan?... Este es el rayo, sí. Y este dios somos nosotros...

## Un campamento de concentración en Londres.

Nuestra primera visita, en este vasto Londres, es para los prisioneros civiles. En el Alexandra-Palace, en medio de un parque magnífico, tres mil súbditos del káiser Wilhelm y del káiser Franz Joseph esperan, con febril impaciencia, que la paz bienaventurada les devuelva la libertad. Todos ellos vivían antes en la City, negociando o trabajando tranquilamente, sin pensar que un día funesto había de llegar en que las circunstancias los convertirían en cautivos. Los hay, según parece, que poseen grandes fortunas; los hay que son artistas de mérito; los hay que nadie ha logrado saber ni de dónde venían ni qué hacían aquí; los hay, en fin, que llevaban una existencia miserable en los talleres y en las fábricas. Ahora, la guerra ha nivelado las condiciones sociales y todos duermen en las mismas camas de campaña, custodiados por los mismos centinelas impasibles.

— Éstos — le digo al funcionario que nos acompaña — supongo que no estarán tratados con tantos miramientos como los prisioneros que vimos en el hospital de Boulogne.

— ¿Por qué? — me pregunta.

— Por lo mal que los alemanes tratan a los civiles ingleses.

\*  
\* \*